

LU YUN ( 卢云 )

*Instituto de Lenguas Extranjeras del EPL de China*

---

## **Carmen Laforet: mujer rebelde, vagabunda y observadora refugiada en sí misma**

**Resumen:** Con la publicación de *Nada*, ganadora del primer premio Nadal del año 1944, Carmen Laforet, que antes era totalmente desconocida conquistó a los lectores con las descripciones pioneras, sea de su estilo, sea de su contenido. El argumento de *Nada* se situaba en la época inmediatamente después de la Guerra Civil. Esta obra con estilo existencialista no ha dejado de reeditarse y agotarse desde que apareció y la escritora es considerada también una de los mejores escritores de la literatura española del siglo XX. Pero la joven Carmen se casó inmediatamente y se retiró del círculo literario dejando muchos misterios sin revelarse al público. Las obras de Carmen Laforet tienen un fuerte matiz autobiográfico. En este artículo se intenta analizar la vida de la autora y la de sus cuatro protagonistas, la ingenua niña Marta de *La isla y los demonios*, la adolescente Andrea en *Nada*, las dos mujeres de mediana edad Mercedes y Paulina en *La llamada* y *La mujer nueva*, que se consideran como heteronimias de la misma autora, y se plantea establecer una vinculación entre ambas partes y a través de la cual demostrar la actitud rebelde de una mujer escritora que se mantenía aislada de la visión pública pero que siempre estaba vagabundeando y observando, intentando buscar el sentido de su existencia, caracteres reflejados en sus sucesivas heroínas de diversas edades pero similares temperamentos en el fondo.

**Palabras clave:** Carmen Laforet, autobiográfico, existencialista, mujer escritora

La novela más conocida de Carmen Laforet es sin duda la *Nada*, publicada en 1945 y ganadora del primer premio Nadal. Recién terminada la Guerra Civil española, una joven chica llamada Andrea, con la esperanza de empezar una nueva vida, llegó a Barcelona a estudiar. La casa donde vivía es la de sus abuelos que sólo tenían recuerdos de niña. Estaba rodeada por un ambiente de hambre, suciedad, violencia y odio, característicos de aquella época miserable de España. Después del suicidio de su tío Román, Andrea se fue con su mejor amiga Ena a Madrid para buscar otro tipo de vida.

La obra fue todo un éxito y la joven escritora de sólo 23 años de edad, hasta entonces una chica totalmente desconocida en el ámbito literario, ganó gran fama y se convirtió en una figura prometedora a quien exigieron más sorpresas semejantes no sólo el editor sino también los lectores y los colegas literarios. Carmen sí sorprendió a todos, con casarse inmediatamente el año siguiente con el periodista y crítico literario Manuel Cerezales con quien tuvo hasta cinco hijos. La Carmen

afamada se retiró a su familia, se resistió entrar en ningún círculo literario, no quiso hablar nada sobre *Nada*, tuvo miedo de dar conferencias y casi odiaba conceder entrevistas a los periodistas. Así contestó a las peticiones de éstos para entrevistas o alguna opinión literaria: “Dejen de llamar, no vuelvan a hacerlo. No tengo nada que opinar. Piensen en mí como si ya estuviera muerta.” (Rosenvinge, 2004:15)

Quizá tenía sus razones, pues la publicación de *Nada* causó grandes problemas a sus familiares por la semejanza entre la realidad y la ficción. Ena, la mejor amiga de Andrea, sin duda tiene su figura en Linka, la amiga en la vida real de Carmen Laforet. La abuela, los dos tíos de Andrea, Juan y Román, la tía Angustia hasta la sirvienta, todos son personajes muy parecidos a los propios familiares de la autora, y hasta los amigos artistas que tiene Andrea pueden identificarse con figuras reales, tales como el pintor Ramón Eugenio de Goicoechea, que fácilmente fue reconocido en la figura de Iturdiaga, uno de los amigos de la protagonista, cuando la novela fue entregada al jurado del premio Nadal. En fin, los más afectados son los familiares pues en el mundo ficticio de *Nada*, estos parientes fueron descritos como personajes miserables con caracteres nada agradables. Al mismo tiempo que se hacía famosa la calle de Aribau de Barcelona, la molestia y el enojo de los parientes eran las consecuencias negativas que tal vez no previó la autora antes de publicar su obra.

Siete años después de la aparición de *Nada*, en 1952, Carmen Laforet publicó otra novela *La isla y los demonios*, de la que la protagonista es una chica de dieciséis años de la isla de Gran Canaria. Era el último año de la Guerra Civil cuando Marta junto con su hermanastro José y su esposa Pino esperaba con ansiedad a los tíos que vendrían de Madrid de refugio. La ingenua niña tenía mucha ilusión de estos parientes “artistas” a quienes adoraba tanto y esperaba a que pudieran salvarle del ambiente familiar hostil en que se encontraba. Vino con estos madrileños un joven pintor llamado Pablo a quien sentía una gran simpatía la chica. Poco a poco se iban desvelando todos los secretos sucios, todos los demonios de este mundo de “los mayores”. Terminada la guerra y Marta, desilusionada, se fue a Madrid concebida de nuevas esperanzas después de la muerte de su madre Teresa, quien se volvió loca después de la muerte de su padre. En su primera edición, María Dolores de la Fe afirmó así en el prólogo del libro:

Cada página late de juventud, incluso aquellas tan amargas, donde se muestra la miserable, mezquina, ruindad de una sociedad 'de mayores', estrecha, siempre empeñada en ahogar con su triste calima mental, cualquier impulso límpido, juvenil, espontáneo, sin dobleces ... (Laforet, 2005: sin paginación)

Como lo que ocurre con *Nada*, también había coincidencia entre la Marta de la novela y Carmen en la vida real. Carmen Laforet nació en 1921, se trasladó con su familia a Gran Canaria con apenas dos años de edad. En 1939 regresó a la capital catalana para iniciar los estudios de Filosofía y Letras. La autora se esforzó mucho por romper la vinculación entre su vida real y su

ficción. En el prólogo de la posterior edición de su obra afirmaba así:

No es —como ninguna de mis novelas— autobiográfica, aunque el relato de una chica estudiante —como yo fui en Barcelona— e incluso la circunstancia de haberla colocado viviendo en una calle de esta ciudad donde yo misma he vivido, haya planteado esta cuestión más de una vez. (Laforet, 1958: 17)

En las obras publicadas posteriormente la autora cambió la voz narrativa omitiendo la primera persona, e incluso cambió de sexo a su personaje: el protagonista de la trilogía incompleta (*la Insolación* y *Al volver la esquina*), Martín de Soto, es un hombre. Pero resulta imposible evitarlo: es evidente la semejanza de ideas entre Martín y la autora.

Nadie me consideró loco en el sentido que lo decía Anita, hasta la noche toledana. En realidad yo era loco, si ser loco quiere decir tener un mundo íntimo distinto al de los demás, pero mi locura terminaba en los límites de mi frente. En la vida era cauto, tranquilo, y no me había batido nunca con los molinos de viento. Prefería escaparme de la gente que oponerme a ella con una lógica mía que sabía diferente de la de las personas que me rodeaban. Quizá no me gustaba el mundo ni el tiempo que me había tocado en suerte vivir, pero tampoco acababa de darme cuenta de ello si era así. Pasaba distraído entre la gente de la calle y entre gentes que veía a menudo también. A veces, los notaba tan seguros con sus intereses pequeños, tan felices con sus logros, que pensaba que quizá tuvieran razón todos menos yo. (Laforet, 2004: 51)

Es casi una confesión de la misma autora en nombre de Martín, el único protagonista masculino de sus novelas.

Pero es innegable que toda narrativa es biográfica. De la relación de la mujer escritora y la autobiografía se ha hablado mucho. No entremos en el tópico de la calificación. Muchas mujeres han escrito sobre sus propias experiencias, Santa Teresa, Sor Juana, Teresa de Cartagena, y muchos hombres también. La obra que hace inmortal a Goethe *Las desventuras del joven Werther* (*Die Leiden des jungen Werther*) es autobiográfica, *La dama de las camelias* (*La Dame aux camélias*) de Alejandro Dumas también ... Y para evitar una larga lista interminable de nombres, limitémonos en el panorama literario español a citar sólo al Arcipreste de Hita. Pero lo que pasa es que cuando esto sucede a autoras, el fenómeno colectivo que describe en sus obras serán criticadas de ser “autográfico” que denota “egoísta” y “limitado”, en cuanto a los escritores masculinos, lo personal puede ser visto como fenómeno general e incluso universal. Si una mujer se identifica con alguna protagonista de las literaturas “femeninas”, me refiero a las escritas por mujeres, la gente le define como “comportamiento típicamente femenino”. Y si esto ocurre a un hombre, que cuando siente una comprensión del protagonista, se considera “comportamiento profundamente humano”.

Pero a Carmen, una mujer sensible y fácil de ser asustada le surgió inevitablemente el problema de autoestima como escritora: que la forma autobiográfica es de naturaleza inferior de la “verdadera creación”.

Mi caso, hasta ahora, no ha sido de cobardía, sino simplemente de dar la espalda a todo lo intelectual

durante años por razones complejas, y quizá la primera de todas, falta de fe en mi misma como escritora. (Fuente, 2002:96)

Sea como sea, *Nada* es sin duda una obra maestra. Se enfoca su tiempo en la inmediata posguerra, cuando nadie había hablado todavía de la sensación traumática y la circunstancia miserable de la época, especialmente según el punto de vista femenino. Andrea, una chica rara, vagabunda y observadora como la misma Carmen Laforet, nos revela con las miradas agudas todo lo que le rodea, un mundo tan próximo, vivo y amargo a los lectores de la época. Carmen Laforet posee singulares dotes para la narración. La novela está muy bien estructurada, con discurso narrativo intenso pero no tanto al nivel policíaco, y al mismo tiempo relajado con descripciones muy detalladas de los sentimientos de la protagonista. Esta obra se adelantó al existencialismo que posteriormente estaría de moda en el ámbito literario. Tal como lo que dijo Emilio Sans de Soto, amigo de la autora, en un almuerzo en homenaje a ésta:

A nuestra generación, José Antonio Bardem la llamó la generación de Nada, fue la generación del pan negro, del café que no era café sino achicoria, de los gasógenos en los coches. La juventud española no leía novelas españolas porque no se sentía identificada con las novelas del 98. Se las respetaba pero eran novelas que nos hablaban de usted y nosotros necesitábamos otra cosa. Un día llegó Cela con su Familia de Pascual Duarte y nos entusiasmó. Pero Cela llegó como gran señor de las letras. Cela nos hablaba de usted y en él se presentía el chaqué y la Academia. Otro día, un día estupendo de 1945, un libro, con sobrecubiertas en blanco, empezó a circular por los pasillos de la universidad. Se titulaba Nada. Y nadie conocía a Laforet pero todos sabíamos que tenía que ser una chica estupenda porque por primera vez un libro nos hablaba en claro. Todos supimos que algo empezaba con ese libro. Que a partir de entonces se podía escribir, se podía triunfar sin necesidad de que don Gregorio Marañón le pusiese prólogo al libro y sin necesidad de que lo publicase Espasa-Calpe. (Caballé, 2010: 277) (...), ¿Por qué no repites el milagro, Carmen? Te lo pedimos; te lo exigimos. Te pedimos que digas lo que estamos necesitando oír. (Caballé, 2010: 277)

Esta lectura que hizo Soto explica con precisión el motivo del éxito de la novela y expresa al mismo tiempo la exigencia que el mundo exterior ha impuesto sobre la autora, que supone una depresión insoportable que le hacía refugiarse. Pues tanto compromiso no lo puede soportar un espíritu que en lo más profundo tiene matices bohemios. Se le suele considerar poco prolífica pero es injusto, pues después de *Nada*, Carmen Laforet publicó otras dos novelas, además de unos ensayos, artículos periodísticos y cuentos cortos: *La isla y los demonios* y *La mujer nueva*. Al final de su carrera literaria publicó la primera de la trilogía *Tres pasos fuera del tiempo*, *La insolación*. La segunda se publicó después de la muerte de la autora, en el año 2004, *Al volver la esquina*. Y el último *Jaque mate* no salió. Juan Rulfo con sólo escribir *Pedro Páramo* se figura entre los escritores más destacados del *boom*. Y la propia Carmen Laforet quizá se podría excusar a sí misma citando a Safo, que apenas se conservan algunos fragmentos de todas sus obras.

Las palabras de Sans de Soto eran del año 1959, cuando la familia de Carmen Laforet, después de reunirse con el marido Manuel Cereales que en aquel entonces se encargaba de la dirección de

la Revista España en Tánger, se preparaba para volver a la Península. Hasta hoy día, después de más que medio siglo, *Nada* no ha sido olvidado como una obra “anticuada” por enfocar su fondo histórico en la inmediata posguerra ni tampoco ha dejado de ser una novela atractiva. No ha dejado de ser reeditada y agotada hasta hoy día. El pasar del tiempo ha probado que no sólo conmovió a sus coetáneos. Apareció seis años antes de *El guardián entre el centeno* (*The Catcher in the Rye*) de Salinger, y casi veinte años antes de *La campana de cristal* (*The Bell Jar*) de Sylvia Plath. En este sentido, es una obra en que se describe el sentido general de un(a) joven al enfrentarse con el mundo adulto, y que puede ser percibida por jóvenes de cualquier generación y de cualquier país, en fin, que merece ser la obra clásica de la literatura española e incluso mundial en comparación con las últimas dos.

Carmen Laforet es una escritora consciente de su identidad femenina. En una carta dijo: “*Al ‘tú, calla’ masculino, dicho en público, ha habido la lenta, poderosa, terrible contestación del poder femenino en silencio. El misterio femenino es cierto. Existe y no debería existir*” . (Caballé, 2010: 322)

La respuesta ante esta situación de su protagonista es siempre una rebeldía silenciosa pero firme. A Andrea le preguntó un perseguidor:

- ¿Qué piensas hacer este verano?
- Nada, no sé ...
- ¿Y cuando termines la carrera?
- No sé tampoco. Daré clases, supongo.
- [...]
- ¿No te gustaría más casarte?
- Yo no le contesté. (Laforet, 1992: 187)

Y a Marta, también le aconsejó así su amiga: “*Lo que tú debías hacer es buscar un buen chico y casarte*” (Laforet, 1991: 67). cuando decidió abandonar la vida de la isla para ir a Madrid. En ambos casos estas dos negaron este destino predestinado para las mujeres y siguieron su búsqueda espiritual de un nuevo mundo en que se pudiera encontrar a sí misma.

Pero en contra de estas heteronimias de sí misma, Carmen Laforet se casó felizmente creyendo que había encontrado este mundo nuevo junto con su marido, quien era intelectual, maduro y le podría dar consejos de la vida, a quien tantas veces las protagonistas de su ficción buscaba en un mundo ficticia sin encontrar o lo encontró desmitificado rompiéndose así el ídolo idealizado construido por ellas mismas, tales como Roman de *Nada* y Pablo de *La isla y los demonios*.

¿Pero La Carmen convertida en ángel de hogar, madre abnegada se encontró o no con lo que llevaba buscando? Su rechazo al mundo literario es como un auto-destierro de un lugar donde debería ser su país privilegiado. Pero la familia tampoco es un refugio que podía proporcionarle

el amparo necesario. Su marido tal vez le dio consejos de escribir, que es precisamente negar a su propio talento, que no escribiera en primera persona, que no describiera lo familiar, lo que sintiera, lo que viera, lo que escuchara, en fin, una observadora fue prohibida usar sus sentidos. Los dos se separaron en el año 1970, y tuvo un contrato de “silencio” exigido por el marido:

Y es que sin el consentimiento escrito de su marido, Laforet no podía alquilar una casa a su nombre, ni comprarla, ni salir al extranjero o disponer de una cuenta corriente. Sin embargo, Cerezales exigiría, para “concederle” la libertad de funcionamiento a su mujer, una condición: que ella a su vez firmara un documento privado ante notario en el que se comprometía a no escribir nada que tuviera relación con los veinticuatro años de vida conyugal (Caballé, 2012: 345).

Tenía un espíritu libre y rebelde, que fue interpretado como “*distraída, olvidadiza y desordenada*” (Caballé, 2012: 343) por su marido, como lo que es Andrea a quien le gustaba vagabundear por la Ciudad Condal observando e imaginando, y también como la niña Marta, que tenía pinta de “vagabunda” calificada así por sus tíos. Pero según las disciplinas morales de la época y el mundo (la España de su época) en que le tocaba vivir se consideraba impropia una mujer vagabunda. Cuando estaba en su plena juventud, renunciaba la libertad, y cuando por fin fue librada de “reproches, suspicacias y prohibiciones” y precisaba “una habitación propia” para dedicarse a su escritura, se vio obligada a vagabundear sin disponer de un piso propio viviendo temporadas de forma provisional en las sucesivas casas de amigos e hijos.

A esta mujer moderna le quitaría el derecho de “tener una habitación propia” sin el consentimiento del ex-marido, y para el colmo no tenía la libertad de “hablar de su propia vida” que es la base fundamental para cualquier escritor. Perdió así la voz, como lo que pasa a María o Lejarraga que escribió bajo el nombre de su marido hasta después de que éste le abandonó por otra mujer más joven, y obedeció la exigencia de este ex-marido de no revelar la auténtica autora de las escrituras bajo el nombre de “Gregorio Martínez Sierra”.

Las siguientes dos novelas, *La llamada* y *La mujer nueva* también tienen como protagonista mujeres, pero más maduras que la ingenua Marta y la adolescente Andrea. Mercedes en la primera y Paulina de la segunda son dos mujeres de mediana edad que abandonan en sus respectivas formas a su marido en busca de una “yo” nueva. Ambas se frustraron y volvieron al final a casa.

Estas mujeres de diversas edades empezaron su historia con un viaje concebidas de una ilusión huyendo de lo que les rodeaba, y todas terminaron con un retorno o desilusión con incertidumbre o frustración, lo que significa un abandono de su vocación al principio, que era la independencia, sea cual sea su forma, que en sus casos respectivos: la de Andrea, independizarse yendo a Barcelona a estudiar; la de Marta, encontrar virtudes en el mundo adulto; la de Mercedes, ser una actriz abandonando la familia; la de Paulina, buscar la libertad, o deseo sexual separándose con el marido.

Tiene razón decir que este tipo de refugio (volver a casa, convertirse a la religión, abandonar

la “locura”...) es como una “rebeldía positiva” en las circunstancias miserables de la posguerra, después de un periodo traumático y heroico en que se luchaban en nombre de la ideología. La misma autora afirma así la actitud de Paulina en *La mujer nueva*:

Si algún valor tiene *La mujer nueva*, a mi juicio, es el de señalar una rebeldía. Una rebeldía de signo positivo, contraria en todo a lo que nos hemos acostumbrado a llamar con esta palabra, y que paradójicamente es ya el camino fácil y académico, el camino envejecido por más de cincuenta años de trilla, de demoler valores carcomidos (Laforet, 1956: 207).

Que las ideales tenían que adaptarse a la realidad, y las personas debían ser más prácticas para no ser destruidas por idealizaciones imposibles sí es verdad, como lo que pasa al famoso Don Quijote, que abandonó su locura, volvió a casa, quemó todas las novelas de caballería, y murió. La locura de Mercedes también ha sido curada. Abandonó su vocación y regresó a su familia gobernada por su marido, perfecto representante de las normas sociales de la época. Paulina resolvió el conflicto entre su deseo y las disciplinas sociales convirtiéndose a la religión. El sentido de los refugios después de la rebeldía de las protagonistas es muy difícil de definirse. Ellas querían mantenerse en dignidad en un mundo en que reinaba la miseria, reivindicándose las ganas cotidianas: “ganas de poner cortinas blancas en el comedor, ganas de hacer cosas pequeñas, no tan grandilocuentes como la recitación pero que aseguran un espacio para vivir” (Vicente García, 2009: 322). Creo que el real objeto que expresa la autora de estas “nuevas ganas” es explícito: “asegurarse un espacio para vivir”. Detrás de esta frase que al parecer es tranquila hay un profundo dolor de mujeres que no valen nada ni tampoco disponen de ningún sentido de independencia aunque han obedecido la llamada del corazón y han intentado ser mujer nueva. Han conocido el contraste entre ideales y realidades. En las circunstancias que vivían, no tenían otro remedio que refugiarse para sobrevivir. Es una huida sin esperanza, y aunque es doloroso reconocerlo, se trata en realidad una transacción, y el happy ending no es otra cosa que el autoengaño o auto-consolación.

Quizá en esto consiste la atracción de la figura de Carmen, igual que las heroínas de sus obras, a quienes no les importa llegar a la meta, sino que siempre estén en el camino de su búsqueda. Para estas mujeres es imprescindible el proceso de auto-reconocimiento de sí misma y entendimientos del mundo que les rodea. La diferencia consiste en que Marta y Andrea todavía esperan un futuro indeciso y nuevas perspectiva aunque ven frustradas sus ilusiones a principios de la historia, la de Andrea de encontrar una nueva vida llegando a Barcelona, la de Marta de una salvación con la llegada de los forasteros y *Nada y La isla y los demonios* terminan con una salida de la protagonista de un lugar cerrado mientras Paulina y Mercedes empiezan su historia con la salida de un lugar cerrado y dan fin a su historia con una vuelta al lugar de donde han partido. Los títulos de las dos últimas novelas “mujer nueva” y “la llamada” se parecen más una paradoja o ironía de lo que les pasa a sus protagonistas. Es precisamente lo que conmovió a los lectores, que entienden muy bien

que en una época en que “la abuela nunca ha ganado un céntimo”, “siempre ha sido mantenida, vestida, cuidada por alguien” (Laforet, 1966: 35) , y no ha vuelto a salir de noche “desde que murió mi difunto ...Y tenía yo veinticinco años, entonces” (Laforet, 1966: 44), la mayoría de las muchas mujeres que querían ser “mujeres nuevas” se vieron obligadas a conformarse con la realidad social.

Las obras de Carmen Laforet tienen un fuerte matiz existencialista y no entran en explicaciones ni justificaciones ni conclusiones de la situación femenina de su época y con su mirada observadora, sus singulares dotes de narración, logró ofrecernos una descripción viva de diversas imágenes de mujeres, que quizá arquetípicas cuando las clasificamos, pero diferentes a las muchas otras aparecidas en las obras de hombres escritores.

La chica fuerte y orgullosa de sí misma se convirtió poco a poco en la imagen de una mujer desamparada y dubitativa. El tono fuerte y desinteresado sin hacer caso a las opiniones ajenas de Andrea desapareció y la Paulina de mediana edad se envejecería sin duda y un día se convertiría en una de las abuelas que tantas veces aparecen en las novelas de Carmen Laforet, pero por lo menos se había esforzado en emprender el camino de vagabunda y búsqueda, como lo que hizo la misma autora, abuela de muchos nietos en su vejez. Dijo así en una de las pocas entrevistas que concedió a los periodistas:

—No escribe ya nada, ni apuntes, ni fragmentos ...

—No, nada.

—¿Ni siquiera un diario?

—No, me he librado de la literatura.

—Pero sigue usted leyendo libros.

—Es lo único que hago, leer. ¿Para qué escribe? No quiero hacer literatura, sólo disfrutarla leyendo.

Siempre fui una gran lectora, sólo disfrutarla leyendo. Siempre fui una gran lectora y echaba de menos tiempo para leer. Sólo quiero vivir para disfrutar de mis hijos y de mis nietos. En esta casa nueva estoy muy bien.

— Vive usted como una reina.

— Mejor que una reina, no tengo nada que hacer. No hago nada. (Rosenvinge, 2004: 11)

Carmen Laforet no se convirtió en una Carmen Martín Gaité, ni tampoco Ana María Matute, dos escritoras de la misma generación, figuras fuertes del mundo literario español. Lo que nos presenta es la amarga pero continua búsqueda y retrocesión de una mujer que intenta dar solución al conflicto espiritual. No nos ofrece una dirección absolutamente correcta. La opción que han tomado sus personajes no conlleva autoridad ni tono pedagógico. Son las mismas mujeres como nosotras(os), aunque no vivimos en la misma época.

En una carta que escribió a su mejor amigo Ramón J. Sender, así dijo:

Quisiera escribir una novela (...) sobre un mundo que no se conoce más que por fuera porque no ha encontrado su lenguaje. (...) El mundo del Gineceo. (...)Las pobres escritoras no hemos contado nunca la verdad, aunque queramos (Rosenvinge, 2004, 13).



Quizá pensara volverse a sí misma, que es realmente el sentido simbólico del proyecto de volver a Roma que tantas veces mencionó con sus amigos pero que nunca logró realizar: volverse a la chica rara, vagabunda e observadora, que pudiera escribir con su propia lengua con la misma pulsión autobiográfica con que escribió *Nada*, sin ocultación ni masculinización, a quien no hiciera falta obedecer ni complacer a nadie, que pudiera revelar todo lo que pensara en lo más profundo de su corazón. Pero La Nora ha vuelto a casa, el pato salvaje ha caído en el suelo con las alas rotas y se ha convertido en un animal doméstico. La abuela bondadosa que aparece en las obras se convierte en un espejo de la autora, que quizá desde joven ya tuviera esa providencia de que algún día la sería ella misma, y es verdad. Paulina no logra ser la mujer nueva por la ausencia del hombre nuevo. Carmen Laforet, abandonó el mundo con la “grafofobia” y se encerró en el profundo silencio sin poder revelar el secreto de su propio *Gineceo*.

### Bibliografía

- Caballé, Anna y Barada, Israel Rolón (2010): *Carmen Laforet: Una mujer en fuga*, Barcelona, RBA Libros
- De la Fuente, Inmaculada (2002): *Mujeres de la posguerra, de Carmen Laforet a Rosa Chacel*, Barcelona, Editorial Planeta
- Laforet, Carmen (2005): *La isla y los demonios*, Las Palmas de Gran Canaria, Ediciones Idea
- Laforet, Carmen (1991): *La isla y los demonios*, Barcelona, Editorial Planeta
- Laforet, Carmen (2004): *Al volver la esquina*, Barcelona, Ediciones Destino
- Laforet, Carmen (1992): *Nada*, Barcelona, Ediciones Destino
- Laforet, Carmen (1966): *La llamada*, Barcelona, Ediciones Destino
- Laforet, Carmen (1956): *Mis páginas mejores*, Madrid, Gredos
- Rosenvinge, Teresa y Prado, Benjamín (2004): *Carmen Laforet*, Barcelona, Ediciones Omega, S.A
- Vicente García, Luis Miguel (2009): “La búsqueda espiritual de Carmen Laforet: Autobiografía y Ficción”, *Escritoras y Compromiso, Literatura española e hispanoamericana de los siglos XX y XXI*, Madrid, Visor Libros